

Una Deuda de Honor no Satisfecha

Al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, Bernard Shaw escribió: "Habrá sólo dos vencedores, los Estados Unidos y la URSS".

No cuesta trabajo comprender cómo y por qué salieron victoriosos los Estados Unidos de la contienda, pero el triunfo de la URSS, mucho más difícil, dependió de circunstancias fortuitas. El posterior comportamiento soviético hacia sus salvadores llevó consigo el deshonor a la causa de la Unión Soviética.

Hay que tener presente el importante antecedente que se remonta a la primera etapa de ese conflicto mundial. A comienzos de la contienda germano-soviética, los alemanes avanzaban a lo largo del amplio frente, adentrándose profundamente en suelo ruso. Por más gente que enviaba al debilitado frente de guerra, Stalin estaba consciente de que, con los medios de producción y con el liderazgo militar de que disponía, la URSS no estaba en condiciones de resistir mucho tiempo más a la presión enemiga.

Entonces ocurrió lo inesperado. Mientras soviéticos y nazis se enfrentaban en una lucha a muerte, empantanados en la nieve derretida, los Estados Unidos entraron sorpresivamente en la contienda. El 7 de diciembre de 1941, los japoneses atacaron Pearl Harbour y, a raíz de ello, el mundo se vio sumido casi por completo en el sangriento conflicto. Preso de histeria bélica, Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos; esta decisión estremeció al pueblo alemán y, sobre todo, a sus líderes militares, los cuales no deseaban en modo alguno volver a enfrentarse al poderío norteamericano pues sabían que ello significaría la derrota.

De este modo, la suerte le sonrió a un Stalin convertido sin esfuerzos de su parte en aliado de los Estados Unidos. Había habido una época en que Stalin suministró a Hitler lo necesario —en especial materias primas— para que éste llevase a cabo sus guerras contra Occidente; ahora ocurría lo contrario: gigantescos envíos de armas y otros pertrechos llegaban a la Unión Soviética desde Estados Unidos en una corriente ininterrumpida y creciente, sin que Stalin tuviera que mover un sólo dedo.

Los Estados Unidos pusieron en pie

una industria bélica con un ritmo de producción cada vez mayor jamás visto antes en el mundo. Como ejemplo de ello basta recordar que, en 1943, los Estados Unidos fabricaron 86.000 aviones militares, o sea que cada seis minutos salía un avión nuevo de sus fábricas. Y este ritmo se fue acrecentando cada vez más.

Uno de los principales jefes militares de la Alemania nazi, el general Siegfried Westphal, Jefe del Estado Mayor del Mariscal Kesselring, escribió en su libro "Heer in Fesseln" (El Ejército Encadenado) que los ejércitos de Hitler llegaron a sentirse impotentes ante la tecnología y la producción bélica norteamericanas. Del mismo modo, la enorme ayuda bélica y económica que brindaban los Estados Unidos a la URSS acabó resultando factor determinante para ese país. Así, después de sus graves derrotas y de sus gigantescas pérdidas, el débil coloso ruso pudo empezar a reponerse, reorganizarse y estar en condiciones de pasar a la ofensiva. Estaba recibiendo armas, asistencia técnica y alimentos, y ello le permitió invertir en Stalingrado el curso de la guerra ... y de la historia.

He aquí algunos datos estadísticos acerca de los envíos que recibió la URSS de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial: 17.000 aviones, 51.000 jeeps, 400.000 camiones, 12.000 tanques, 8.000 baterías, 105 submarinos, 197 lanchas torpederas, 50.000 toneladas de cuero, 15 millones de pares de botas, 3.700.000 cauchos para vehículos, 2.600.000 toneladas de acero, 800.000 toneladas de diversos productos químicos, 340.000 toneladas de proyectiles, 8.000 toneladas de caucho y 4.700 toneladas de productos alimenticios.

Tales cifras son abrumadoras. Es ésta la deuda que tiene contraída la URSS con los Estados Unidos, sin contar el agradecimiento de haber contribuido a salvarle la vida. Pero la URSS no es Finlandia, y no está en sus hábitos reconocer las deudas de honor. Lo más probable es que jamás la pagará.

Hoy resulta evidente que la enorme ayuda norteamericana a la URSS carecía de lógica militar. La URSS era un coloso con pies de barro. El general Patton afirmaba que los norteamericanos, después de haber saldado la cuen-

ta con Hitler y los nazis, estaban en la obligación de enviar a los rusos de vuelta a su propio territorio de origen, devolviendo su libertad e independencia a los países ocupados y anexados por Stalin. Tenía sobrada razón para afirmar que se necesitarían días —no semanas— para poner de rodillas al falso aliado que estaba traicionando los principios de libertad por los que se había combatido durante la Segunda Guerra Mundial.

Apenas recuperado, gracias en gran parte a la ayuda norteamericana, Stalin no sólo mantuvo en sus garras represivas a su antiguo imperio ruso, manteniendo campos de concentración y sembrando el terror entre su propio pueblo, sino que utilizó la astucia, el atrevimiento y la fuerza bruta para instalarse en nuevos territorios de Europa oriental. Ni siquiera Polonia —por la que Gran Bretaña y Francia habían entrado en guerra cuando Hitler la atacó— conservó sus fronteras, su independencia y su libertad. La falta de visión política de los aliados occidentales, cansados de guerras e impulsados por un sentimiento de lealtad hacia un aliado frente a los nazis —el zar rojo— condenó a millones de seres humanos a la pérdida de la libertad y de su propia identidad en Europa Central y Oriental, desde los Balcanes hasta los países Bálticos.

No en balde, el Presidente Truman llegaría a decir, tras su regreso de la Conferencia de Postdam, que "los acuerdos celebrados con los soviéticos no valen ni el papel en que fueron escritos".

Una reacción similar tuvo el Presidente Eisenhower. El 5 de diciembre de 1953, durante la Conferencia que sostuvieron en Bermudas los representantes de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia sobre armas atómicas, Eisenhower se expresó en términos sumamente severos acerca del comportamiento soviético. En sus memorias, el secretario de Winston Churchill señala que Eisenhower tomó muy a mal una declaración del Primer Ministro británico afirmando que había señales de cambio positivo en la política soviética. La respuesta de Eisenhower a Churchill fue corta y explícita, diciendo, según la transcripción del secretario: "En cuanto a la creencia del

Por Vytautas A. Dambraiva

"ULTIMAS NOTICIAS"

10 DE DICIEMBRE DE 1987

Primer Ministro de que hay algo nuevo en la política soviética, ocurre que Rusia es una prostituta, y no importa si el vestido esté nuevo o remendado porque lo sigue llevando una prostituta (en realidad, Eisenhower empleó una expresión aún más fuerte y vulgar). Los Estados Unidos están decididos a cambiarla de calle para alejarla hacia sectores más remotos". El secretario de Churchill agregó la siguiente observación: "Dudo que en el pasado, haya sido utilizado un tal lenguaje en una conferencia internacional".

Resulta extraño que 41 años después, de terminada la Segunda Guerra Mundial, la opinión pública fuera de la órbita soviética pueda dejarse engañar acerca de la contienda, al tratar la URSS de adueñarse de una victoria común como viene pregonando con bombos y platillos desde hace ya más de cuatro décadas.

En la actualidad, la Unión Soviética, el coloso con pies de barro que no honró sus compromisos, no escatima esfuerzos ni recursos para socavar por todos los medios a los Estados Unidos como si los bolcheviques llevasen en la sangre el deber de vilipendiar a la más poderosa democracia del globo, sus aliados y salvadores de ayer. En los setenta años de sistema soviético, Moscú no ha dejado de alabar sus granjas colectivas, lo que no impide que recurra a la compra de trigo a Occidente, a quien considera su adversario, para aliviar la escasez de comida. Hasta las famosas cosechas de trigo de Ucrania y de los países Bálticos parecen ser sólo un recuerdo!

El ciudadano soviético común sabe muy bien que su patria socialista y su invencible ejército rojo fueron salvados precisamente por esos mismos Estados Unidos, que sus gobernantes quisieran doblegar porque son la única fuerza que contiene sus planes de expansión y de revolución universal.

La Unión Soviética se siente acomplejada de los Estados Unidos, porque representa a "una nación bajo Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos", cuya centenaria Estatua de la Libertad sigue simbolizando a la "Madre de los Exiliados" y "alza su antorcha junto a la puerta dorada" para los sin hogar y los oprimidos.